

Identificando la Fuente de la Culpa

Por B. R. Hicks



**Christ Gospel Churches Int'l, Inc.
P. O. Box 786
Jeffersonville, Indiana 47131-0786**

Impreso bajo permiso de Christ Gospel Churches Int'l., Inc.
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización
por escrito de Christ Gospel Churches Int'l., Inc.

Identificando la Fuente de la Culpa

B.R. Hicks

Publisher: Christ Gospel Churches Int'l., Inc.

P. O Box 786

Jeffersonville, Indiana 47131-0786

All rights reserved (1991)

© Christ Gospel Churches International., Inc.

© Para edición en Español (2011)

Impreso en México

Tabla de Contenido

Capítulo	Página
1. Culpa Heredada	8
2. Culpa Personal	9

¡Identificando la Fuente de la Culpa!

Los sentimientos de culpa son los responsables de la mayoría de los casos de miseria mental y agonía de corazón de la gente. Cuando nos sentimos culpables, sea cual sea la causa, sentimos que merecemos ser castigados. Cuando hemos hecho mal al cometer una ofensa, nos sentimos miserables, deprimidos e infelices. Los pensamientos de una mente movida por la culpa son como nidos de “escorpiones” atormentadores que muerden el alma con sus acusaciones, censuras y condenaciones.

Las almas culpables están conscientes de sus pecados secretos, oscuros y profundos. Consecuentemente, el individuo vive con una mente paralizada por el temor de que sus pecados sean descubiertos y su reputación sea destruida. Las almas culpables sufren un tormento indescriptible, al encogerse perpetuamente en temor y desconfianza de todos aquellos que los rodean, por temor a que sus pecados sean descubiertos.

Tal y como el óxido carcome un objeto de hierro hasta destruir finalmente su forma original, de la misma manera la culpa carcome la seguridad y la serenidad del alma, hasta despojarla toda paz y armonía. Con sus dientes atormentadores, la culpa mordisquea el alma, hasta que devora la paz y la armonía pedazo a pedazo, y contamina, consume y destruye la esperanza y la fe del espíritu.

La culpa muerde el espíritu del hombre como una víbora ponzoñosa, que deja su veneno mortal y ponzoñoso y mata la esperanza y la fe del espíritu.

La culpa es como un capataz duro de Dios, responsable de atormentar el alma pecadora del hombre con severidad exacta. La culpa también es un amigo vengador que aflige nuestra conciencia con las equivocaciones que hemos cometido y con el cas-

tigo que debiéramos recibir por nuestros hechos injustos. Ya que el pecado precede a la culpa, ésta por consiguiente sigue detrás con sus látigos cortantes para picar y lacerar nuestro sentido de la conciencia, y producir recuerdos miserables y dolorosos de nuestras ofensas y equivocaciones. ¡Qué triste estado es la culpa! Las tremendas consecuencias del pecado sobreviven después de cometer un acto pecaminoso.

El engaño y las mentiras son los aliados malvados y traicioneros de la culpa. Estos acechan cada rincón del alma, y tratan de transferir la culpa hacia otra persona en un esfuerzo vano por defender el alma contra los látigos cortantes de la culpa. Para que el alma no sea expuesta a la vergüenza y al castigo, capaces de hacer que el alma se arrepienta y se vuelva a Jesucristo, el Salvador, el engaño y las mentiras cubren el alma con sus nubes oscuras de los rayos verdaderos que proceden de la luz de Cristo, para que estos no brillen a través de ellas. Jesús se refirió de aquellos que odian acercarse a la Luz, porque sus obras son malas.

“Y esta es la condenación: porque la luz vino al mundo, y **los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas.** Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene á la luz, porque sus obras no sean redargüidas” (Juan 3: 19-20).

La condición más deplorable del alma existe en aquellos que persisten en sus tinieblas e ignorancia *voluntarias*.

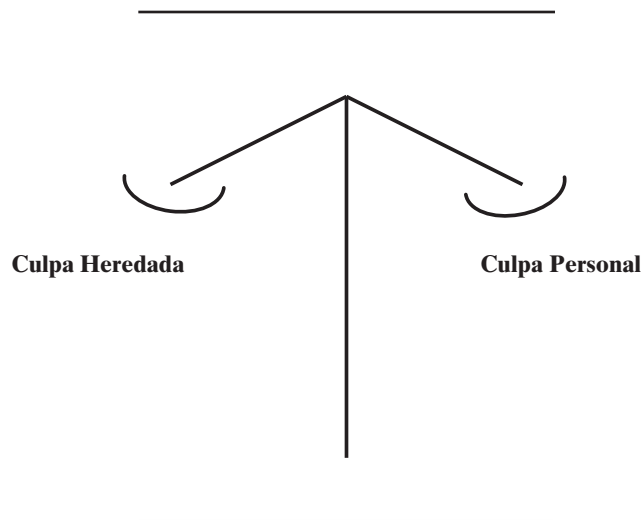
La Luz de Cristo expone nuestra culpa para que podamos arrepentirnos y ser librados del pecado y su culpa. Cuán tonto, entonces, es para nuestra alma usar las mentiras y el engaño en un esfuerzo vano para transferir nuestra culpa hacia alguien más porque deseamos librarnos de la culpa a través de nuestros propios esfuerzos. No podemos deshacernos de nuestra culpa, la Sangre de Jesucristo debe lavarla.

Los hombres aman las tinieblas porque se vuelven una excusa para sus obras malvadas. En esta condición, los hombres no son responsables de asumir ninguna responsabilidad personal por sus obras malvadas. Pueden usar el engaño y las mentiras para excusar su culpa.

Pero la Luz de la Verdad es dulce para el alma sincera, porque le ayuda a humillarse a sí misma, confesar su culpa y errores, y arrepentirse delante del SEÑOR Jesucristo.

Por ejemplo, los esposos y las esposas que son culpables de adulterio, tienen que depender continuamente de sus amigos corruptos, llamados engaño y mentiras, con sus ayudantes, llamados nubes de tinieblas, para cubrir su culpa a menos que estén dispuestos a salir voluntariamente y tomar la Sangre preciosa de Cristo para limpiar su pecado y culpa.

La Palabra de Dios revela que el hombre posee dos clases de culpa: La culpa heredada y la culpa personal.



I. Culpa Heredada

El pecado y la muerte que han pasado a la raza humana por medio del pecado del Primer Adán trajeron una culpa heredada a todos los hombres.

“Empero sabemos que todo lo que la ley dice, á los que están en la ley lo dice, para que toda boca se tape, y **que todo el mundo se sujete á Dios**” (Romanos 3:19).

La culpa heredada del Primer Adán evita que el hombre pueda justificarse a sí mismo mediante algún tipo de obras. Consecuentemente, es una vanidad extrema buscar justificación por medio de las obras de la Ley. ¿Cómo puede un hombre *culpable* producir obras *justas*?

Como pecadores nacidos en un mundo pecaminoso, solo podemos encontrar justificación a través de la fe en la Misericordia y la Gracia de Cristo. La Ley solo descubre nuestro crimen y nuestra culpa, pero la Misericordia, Gracia y Sangre preciosa de Jesucristo nos liberan de los mismos.

Todo el mundo está puesto en maldad:

“Sabemos que somos de Dios, y **todo el mundo está puesto en maldad**” (I Juan 5:19).

Por lo tanto, el mundo es culpable delante de Dios y está sujeto a castigo.

Es esta culpa heredada la que, desde el principio de nuestra vida en este mundo, nos hizo sentir que algo estaba mal, que algo faltaba, y esa misma culpa nos hace sentir temor de morir. *Todos* somos hijos *culpables* por naturaleza, e hijos de ira.

“Entre los cuales todos nosotros también vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo

la voluntad de la carne y de los pensamientos; y **éramos por naturaleza hijos de ira, también como los demás**” (Efesios 2:3).

Por herencia, todos somos *culpables* delante de Dios, el *Juez omnisciente*, quien no puede ser engañado por nuestros engaños y mentiras. Todos somos culpables y estamos desnudos delante de Dios. Necesitamos un Salvador que quite nuestra culpa y que nos de una vestimenta de justicia para cubrir nuestra desnudez.

Jesucristo murió para derramar Su preciosa Sangre y lavar nuestra culpa heredada; y se levantó una vez más, para darnos Su Vestido de Justicia para cubrir nuestra desnudez.

II. Culpa Personal

No podemos solo culpar al Primer Adán. Todos personalmente hemos pecado contra la Ley Moral de Dios en un punto u otro.

“Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos” (Santiago 2:10).

Tenemos que asumir la responsabilidad de nuestras ofensas personales contra la Ley Moral de Dios.

Si desobedecemos la Palabra de Dios en un punto, mostramos desdén por la Autoridad Soberana de Dios y por Su Palabra Divina. Por lo tanto, somos *personalmente culpables*.

Nos deshacemos de nuestra culpa personal de la misma manera en que nos deshacemos de nuestra culpa heredada. Venimos a Jesucristo, el Salvador, y le confesamos nuestra culpa y le pedimos que nos limpie con Su Sangre preciosa.

Rehusarse a arrepentirse de la culpa es la causa de la mayoría de los sufrimientos de la gente. La existencia ampliamente difundida de la miseria, el dolor y el sufrimiento se evidencia en

el número de personas que consumen drogas adictivas. La gente usa estimulantes que “levanten” y pueden caminar durante el día. Luego, en la noche, usan drogas “depresivas” que los ayuden a dormir. Tiene que existir una razón para este patrón de conducta. La razón es que tales personas están llenas de sufrimiento, tristeza y depresión en su corazón. ¿Por qué? Existen diferentes razones por las cuales sentimos sufrimiento y tristeza, pero una de las razones principales para el dolor es el sentimiento de *culpabilidad*.

La gente arrastra consigo más sentimientos de culpabilidad de los que jamás haya soñado. Los psiquiatras nos confirman esta realidad y también tratan de decirnos cómo deshacernos de nuestros sentimientos de culpabilidad y nos dicen que debemos sacarlos a luz, hablar de ellos como si esta fuera una manera mágica para hacer que desaparezcan. Pero hablar no nos despoja de los sentimientos de culpa y del remordimiento que sentimos en el fondo de nuestra alma, tanto a nivel subconsciente como inconsciente. Los médicos también tratan de ayudarnos a aliviar nuestra culpa, al hacernos traspasar nuestra culpa heredada y personal a nuestros padres, compañeros, amigos y colegas en el trabajo.

Mucha gente no está consciente de por qué se sienten culpables. Esto es porque llevan una culpa heredada en el nivel inconsciente de su ser, y porque han enterrado la culpa personal de su pecado tan abajo, en el nivel de la subconsciencia de sus mentes, que no pueden recordar el pecado. Sin embargo, los sentimientos de culpabilidad, los efectos del pecado, siguen aún en ellos, y los hacen sentirse miserables. La Biblia dice que sin el derramamiento de sangre *no* hay remisión de pecados (Hebreos 9:22). Si hubiera existido otra manera para que el hombre se deshiciera de su pecado y culpa sin que Jesucristo hubiera tenido que ir a la cruz, entonces no hubiera tenido sentido que Dios enviara a Su Hijo a la Cruz del Calvario y pagar un precio tan tremendo para liberar al hombre del pecado y de la culpa.

La culpa es la razón por la que nos sentimos tristes y doloridos, y es por ella que tenemos tal pena dentro de nosotros. Algunas personas describen los sentimientos de culpa como sentimientos pesados, como una carga, como una sensación de andar a rastras, como sentimientos de depresión y un abismo en el estómago. Cuando estos sentimientos vienen, si tan solo clamamos a Jesucristo para que nos ayude a ver atrás, a nuestro pasado, y nos preguntamos: “¿Qué *pensamiento* malo he tenido? ¿Qué acto malo he cometido? ¿Qué hay de malo en mi comportamiento?”, entonces Jesucristo nos ayudará a identificar la fuente de nuestros sentimientos de pena y depresión. Una vez que hemos descubierto que el pecado y la culpa son la razón, podemos confesar, arrepentirnos, y por fe entregar nuestro pecado y culpa a la Sangre de Cristo: El Río de Remisión para el pecado y la culpa.

Algunas veces pensamos que pecado es cometer adulterio, robar algo o hacer algo externo, pero hay más pecados que estos. El pecado es una rebelión contra la Autoridad Soberana de Dios y una desconfianza de Su Naturaleza Santa y Divina. La verdad es que Dios desea darnos lo mejor en todas las cosas.

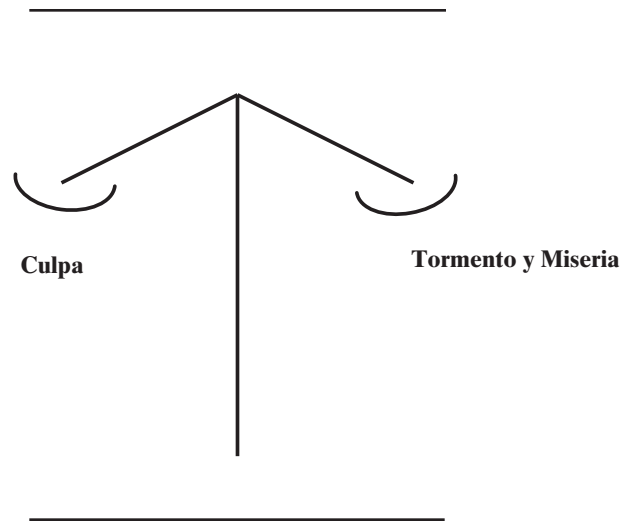
La Biblia dice que todo lo que no procede de la fe es pecado. Luego empezamos a dudar de que Dios nos escucha y contesta nuestras oraciones, o dudamos de que nos pueda dar la fortaleza para caminar en las pisadas de Jesús. Todos estos pensamientos de duda son pecados. Por lo tanto, no va a pasar mucho tiempo antes de que sintamos el peso depresivo de la culpa.

La culpa es el nervio tierno de la pena, que corre a través de nuestra consciencia en el alma. Cuando tocamos un nervio en nuestro cuerpo, obtenemos una tremenda reacción dolorosa. Uno de los nervios más tiernos, como son los del rostro, producen las reacciones más dolorosas, porque son los más sensibles.

De igual forma, la culpa es el nervio más tierno y sensible del dolor del alma. De modo que, cuando el pecado ha generado sentimientos de culpa y alguien lastima nuestra culpa al poner el dedo en nuestro nervio sensible de dolor, reaccionamos con

dolor, y exhibimos nuestro odio, ira y lucha contra la persona que tocó nuestra culpa.

El tormento y la miseria también están unidos al yugo de la culpa.



La culpa en nuestra alma nos hace sentir atormentados y miserables. Dios permite que nuestra culpa moleste y persiga al alma, y le ocasione sufrimiento. Él espera que el alma confiese su culpa y se arrepienta. Dios también le permite a la culpa traer infelicidad, miseria e incomodidad al alma, esperando que ésta busque el estado feliz, gozoso y refrescante del perdón de Dios.

Sin embargo, si no buscamos a Jesucristo y Su perdón, nuestra alma reacciona erróneamente al manifestar su impaciencia, enojo y odio a través de nuestras disposiciones y actitudes. El tormento acompaña la culpa y ocasiona dolor y agonía mental al recordarnos nuestros pecados. ¡Qué contraste con el alma que ha sido perdonada, limpiada y justificada por la sangre de Jesucristo, y luego llenada con el gozo, la felicidad y comodidad sin culpa de Cristo!

De modo que cuando comenzamos a sentirnos miserables y atormentados por nuestra culpa, muchas veces culpamos a las cosas equivocadas o a la gente equivocada por nuestros sentimientos de culpabilidad. Señalamos todas las cosas y a todo el mundo, excepto la raíz verdadera del asunto.

Cuando nos sentimos miserables, muchas veces nos vamos de compras, hablamos por teléfono, redecoramos nuestra casa, compramos muebles nuevos, un bote nuevo y nos vamos de viaje, para escapar de ver la raíz de nuestra condición infeliz y miserable. Hacemos todo tipo de cosas conscientemente para librarnos de nuestra miseria. Lo logramos momentáneamente, pero a la vuelta de la esquina, nuestro tormento y miseria vuelven a aparecer y nos preguntamos qué está sucediendo en nuestro ser. Debido a que no nos damos cuenta que el tormento y la miseria está unidos al yugo de la culpa, siempre tratamos con los *efectos* de nuestra culpa, que son el tormento y la miseria, y nunca tratamos con la causa que es la culpa. Pero, si ponemos el hacha del arrepentimiento a la raíz de nuestro problema, y buscamos al SEÑOR Jesucristo para que nos cubra con Su Sangre preciosa, experimentaremos Su gozo sin culpa y Su comodidad divina, en lugar de nuestro tormento y miseria.

Cuando experimentamos tormento y miseria, es tiempo de caer sobre nuestros rostros delante de Dios y preguntarle: “Jesús, en ¿qué te he ofendido? ¿Qué mal he *pensado*? ¿Qué he *dicho* de malo? ¿Qué mal he hecho?” Les puedo asegurar, por mi experiencia personal con Dios, que Jesucristo es fiel para mostrarnos cuándo y qué hemos dicho, hecho o pensado mal.

Solo deténganse a pensar en su pasado y pregunten, como dice el canto antiguo: “¿He herido a algún alma el día de hoy?” Luego díganle a Dios: “SEÑOR, perdóname.” Necesitamos recordar cada día todo aquello que hemos dicho o hecho mal. Luego, a través de la oración, necesitamos descargar nuestra alma de toda culpa de pecado antes de irnos a la cama. No necesitaremos entonces un “depresivo” para poder dormir en

paz. Ya estaremos calmados en nuestro descanso, porque Jesucristo nos habrá limpiado y *liberado del tormento y la miseria de la culpa*.

La culpa nos encadena a un nido de escorpiones, que son los recuerdos de remordimiento que nos pican, muerden, y ponen sus recordatorios venenosos, atormentadores y miserables en nuestra alma.

No podemos pecar y luego olvidar nuestro pecado, solo porque los hemos quitado de nuestra mente consciente al enfrascarnos en una serie de actividades. A pesar de que conscientemente reemplazamos las cosas malas que hemos hecho con muchas otras cosas, el mal y la culpa permanecen activos en nuestro subconsciente. De ahí que, durante la noche, cuando estamos dormidos, los escorpiones de la culpa, con tormento y miseria, son soltados de sus nidos y se arrastran para atormentarnos y torturarnos en nuestros sueños. A pesar de que conscientemente podemos borrar mucha de la culpa mientras estamos despiertos, no tenemos poder alguno para mantener a raya los escorpiones de nuestros recuerdos encadenados cuando estamos dormidos.

La gente que es inquieta al dormir, que no deja de moverse de un lado para el otro de la cama, están siendo atacados subconscientemente por los escorpiones de la culpa, que los pican y muerden a través de sus recuerdos tortuosos de las cosas malas que han hecho. Por ejemplo, en una ocasión, cuando estaba testificando para Jesús entre la gente pobre de la calle, me encontré con una mujer que estaba atada a su cama y vivía en una casucha, sin nadie que la cuidara o le diera alimento. Fielmente la cuidé y diariamente le preparé un caldo de pollo con tallarines, porque era todo lo que podía comer.

Un día, ella me pidió que orara a Jesús por su sanidad. De modo que me arrodillé en oración al lado de su cama y mientras estaba orando, el SEÑOR me habló y me dijo: “Dile que se arrepienta de sus adulterios y la sanaré.” Le dije lo que Jesús había dicho, pero ella vehementemente negó toda la culpa de tal cosa.

Consecuentemente, el SEÑOR no sanó su cuerpo, porque de ser así hubiera continuado en su pecado. No sentía arrepentimiento alguno.

Llegó el punto en que se enfermó de muerte y fue llevada a un hospital de caridad. Una noche, el superintendente del hospital me llamó y me pidió que fuera a sentarme con ella, puesto que no esperaba que amaneciera, de modo que fui.

A pesar de que estaba dormida, ella no dejaba de moverse de un lado a otro, y lloraba y decía desde su subconsciente: “SEÑOR, por favor perdóname de todos mis adulterios.” Conscientemente se negó a confesar su culpa, pero mientras se encontraba en un sueño bajo medicamentos, su alma subconsciente clamó en tormento y miseria. La pobre mujer murió esa noche sin haber recobrado la consciencia.

Cuánto mejor es confesar nuestra culpa, arrepentirnos de nuestros pecados y tomar de la Sangre de Jesucristo mientras podemos experimentar el perdón en nuestra mente consciente.

Nuestra mente subconsciente no duerme. Durante el día trabaja, aún cuando nuestra mente consciente la mantiene sujeta y bajo control hasta cierto grado. Pero cuando nos vamos a dormir y el control de nuestra mente consciente es apagado, la mente subconsciente queda libre para atormentar y torturar el alma a través de los sueños.

Nuestra consciencia es una computadora fiel que registra todo lo que hacemos. Es una acusadora fiel que trae convicción y nos convence cuando hemos hecho algo malo. La gente dice: “Déjate guiar por tu consciencia” (generalmente porque no quieren obedecer las leyes morales de Dios). Yo también creo en escuchar la voz de nuestra consciencia, pero aquellos que lo predicán, normalmente no lo practican.

La culpa es una fuerte cadena de hierro. Podemos llegar a hacer algo malo y llegar a pensar conscientemente que lo que hicimos estuvo bien, pero la culpa se levanta como cadenas de hierro que atan nuestra consciencia al tormento y la miseria.

Nuestra “máquina de culpa” es una bendición, cuando permitimos que su tormento y miseria nos empujen a la confesión y al arrepentimiento delante de Jesucristo. Al obtener la preciosa Sangre de Jesús para nuestra limpieza, perdón y justificación, podemos ser liberados de nuestro pecado y culpa. Recuerden, ¡Dios es fiel para mostrarnos nuestra culpa!

Cuando nos sentimos deprimidos y tristes, necesitamos ir delante del SEÑOR y preguntarle: “SEÑOR, ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho que ha sido injusto, malo y falto de amor hacia Ti y hacia mi prójimo?” Él será fiel en mostrárnoslo para que podamos confesar nuestra culpa y ser liberados de las cadenas que nos atan a la miseria, tristeza y depresión. La preciosa Sangre de Cristo nos libera del pecado y de la culpa.

“Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. **Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados**, y nos limpie de toda maldad. Si dijéremos que no hemos pecado, lo hacemos á él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (I Juan 1:8-10).

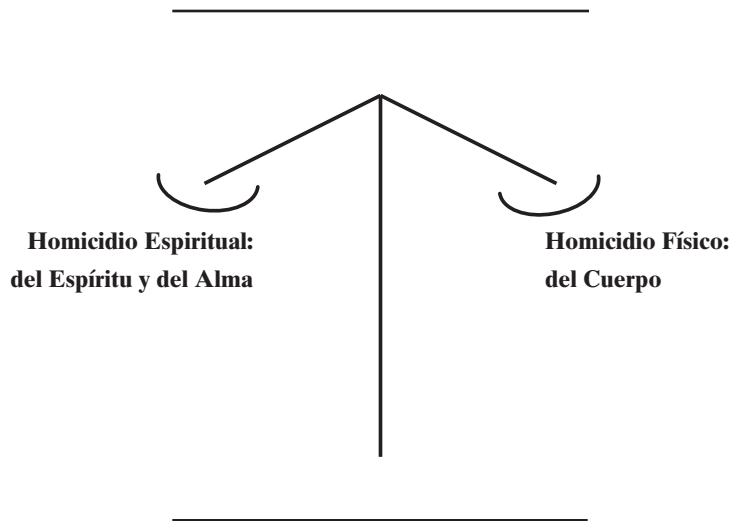
La sangre de Jesucristo remueve TODO pecado confesado; y por lo tanto, TODA culpa.

Si queremos examinar por qué la gente se siente tan miserable y llena de pena, podemos encontrar la respuesta al estudiar la Palabra de Dios.

“Y tú quitaras la culpa de sangre inocente de ti, cuando hicieres lo que es recto a los ojos de Jehová.”
(Deuteronomio 21:9)

Esta fue la instrucción de Dios para el pueblo de Israel. Ellos debían quitar la culpa de la sangre inocente de en medio de

sí. Existe un significado doble en este mandamiento: Uno es literal y el otro es espiritual.



Bajo la Ley, si alguien pecaba al tomar la sangre de un inocente, Dios había hecho provisión para que esa persona fuera limpiada, siempre y cuando se arrepintiera de su obra homicida. Cuando un hombre muerto era encontrado y el homicida era desconocido, Dios requería que la sangre de una becerra joven que no hubiera caminado bajo yugo alguno, se ofreciera para la limpieza de la tierra y de los poblados vecinos.

Debido a que la víctima había sido privada de una vida útil y con fruto, una becerra joven, que no hubiera rendido fruto alguno debía ser sacrificada para limpiar la tierra y la comunidad de la infertilidad futura.

La sangre de la becerra era una figura de cómo Jesús fue cortado como hombre joven, de rendir fruto en la tierra, porque fue a la cruz y derramó Su Sangre para que la humanidad fuera limpiada de la culpa del homicidio.

En el “Sermón del Monte” Jesús enseñó acerca del homicidio espiritual, el cual es homicidio de “corazón” y de “lengua.” En Su Sermón, Jesús dijo que cuando uno llama insensato a su hermano, comete una forma de homicidio de “lengua”. Normalmente, nos sentimos miserables después de que hemos usado nuestra lengua para matar a alguien, lo cual es homicidio de la “lengua,” o después de haber tenido malos pensamientos contra alguien en nuestro corazón, que es homicidio del “corazón”. ¿Cuántas veces hemos experimentado sentimientos de tormento y miseria debido a nuestra culpa por algo que dijimos con nuestra lengua o que pensamos en nuestro corazón? ¿Cuántas veces hemos acusado a alguien falsamente, tan solo para descubrir después que lo que dijimos o pensamos no era cierto?

Por ejemplo, ¿alguna vez alguien los ha visitado y después de su partida no han podido encontrar algún objeto en la casa, y piensan: “creo que mi visita se la llevó”? Recuerdo que cuando era una cristiana joven tuve una experiencia con esto. Después de que una visita había estado en mi casa, alguien de mi familia notó que un cuchillo muy atesorado por la familia estaba perdido, y dijo: “Estoy seguro que nuestra visita se llevó el cuchillo.” Y yo añadí: “Oh no, estoy segura de que el cuchillo está por ahí.” En una forma milagrosa, Dios mostró en dónde estaba el cuchillo. No había sido robado.

No necesitamos señalar a ninguno en nuestra familia, podemos señalar nuestra propia culpa. Sin embargo, llamamos a nuestras acusaciones falsas “brincar a una conclusión”. Después de que hemos concluido algo, lo tomamos a la ligera. No tratamos nuestros malos pensamientos como algo que debiera ser llevado al SEÑOR o como algo por lo cual debemos arrepentirnos. Después, no nos damos cuenta de que nuestro remordimiento y depresión son en realidad sentimientos de culpa, esto es, los efectos de las palabras que hemos dicho con nuestra lengua y de los pensamientos que hemos generado en nuestro corazón contra otros. Necesitamos experimentar el más sumo cuidado con lo

que pensamos en nuestro corazón y con lo que decimos con nuestra lengua.

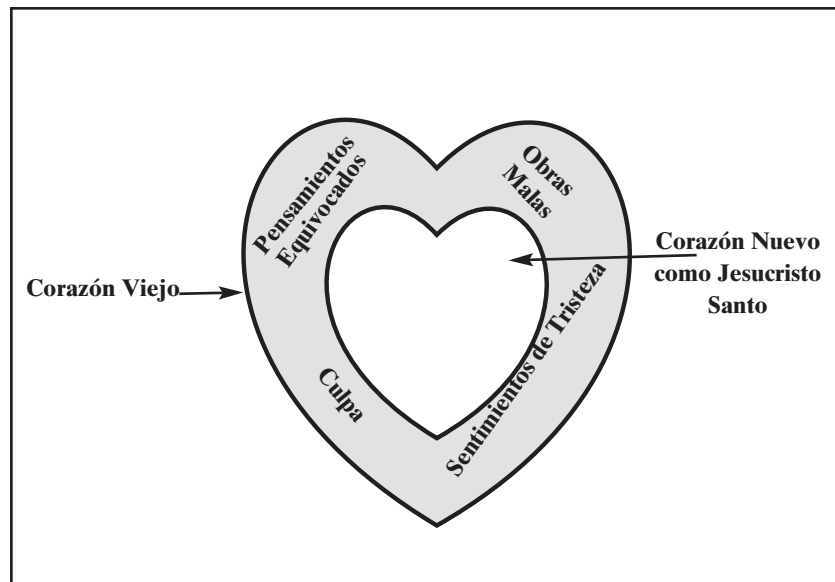
La Palabra de Dios es un gran espejo que reflejará la Luz de Verdad sobre nuestros corazones, y revelará nuestros errores y equivocaciones. Cuando vivimos delante del espejo de la Palabra de Dios, éste expondrá muchos de nuestros errores y equivocaciones a través de la Luz de la Verdad. Consecuentemente, podremos ver en dónde necesitamos arrepentimiento, aún como cristianos. No todos nuestros pensamientos, palabras y obras son como Jesucristo. *Todos hemos pecado* y seguimos pecando, y nos quedamos cortos de la Gloria de Dios.

El capítulo veinte de Éxodo descubre algunas otras razones por las cuales tenemos sentimientos de culpabilidad. Dice: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano” Con cuánto descuido usa la gente el Nombre del SEÑOR. Por ejemplo, cuando nos arrodillamos a orar, pedimos que Dios haga algo por nosotros en el Nombre de Jesucristo, pero luego empezamos a dudar si Él oyó o no nuestra oración. En ese momento, hemos tomado el Nombre del SEÑOR Jesucristo en vano. Su Nombre es poderoso y Su Palabra claramente nos dice que si pedimos algo en Su Nombre, creyendo en fe, El *lo hará* de acuerdo con Su Voluntad Divina.

Esta es muy a menudo la razón por la que sentimos pena y depresión. Si al caminar con Jesucristo aprendemos a examinar nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones cuidadosamente, podremos descubrir quiénes son los “padres” de nuestros sentimientos. Mientras más discernamos lo que hemos hecho bien y lo que hemos hecho mal, más podremos señalar nuestra culpa. Entonces podremos arrepentirnos de nuestro mal y podremos pedirle a Jesucristo que nos perdone. Como resultado de nuestro arrepentimiento, Jesús restaurará los sentimientos limpios, puros y pacíficos en nuestro corazón, y seremos felices, porque la felicidad es la paz.

Si usted ya es salvo, puede recordar cuán limpio, pacífico y feliz se sintió después de que hubo aceptado a Jesucristo como su Salvador. Después de arrepentirse, se sintió totalmente limpio y feliz. No había entonces sentimiento alguno de miseria, no había culpa, no existía depresión alguna en su corazón, solo gozo y paz, y todo le parecía hermoso y maravilloso. ¿Qué sucedió? ¿Por qué no se siente así todo el tiempo?

La respuesta es porque ha incurrido en culpa y Dios no nos toma por inocentes. No estamos hablando de perder nuestra salvación con esto. Cuando aceptamos a Jesús, Él se convirtió en nuestro Salvador y fuimos salvos. De modo que seguimos siendo salvos de la *pena* del pecado, pero aún como cristianos, necesitamos arrepentirnos de nuestros pensamientos, actitudes, disposición y de las cosas en nosotros que no son como Jesucristo. No perdimos todas las disposiciones carnales de nuestro corazón viejo solo porque recibimos un corazón nuevo en el momento de nuestra salvación.



Seguimos siendo culpables, muchas veces, en nuestro Corazón Viejo, de tener malos pensamientos, acciones y sentimientos. Si se dejan así, sin arrepentimiento en nuestro corazón viejo, nuestros pecados producirán culpa, que se convierten en la “madre” malvada de mil miedos y pensamientos tormentosos.

Cuando empezamos a temer, necesitamos ver atrás y ver de qué nos sentimos culpables. Solo tenemos miedo cuando nos sentimos culpables de algo. Cuando el alma está vacía de culpa, no hay temor alguno en el corazón viejo. Podemos juzgar, por la presencia del temor en nuestro corazón viejo, si hay o no culpa dentro de nuestro corazón viejo, porque la culpa es la “madre” malvada de nuestros temores.

Cuando nos sentimos atemorizados, debemos localizar la fuente de nuestro temor, la cual es nuestro sentimiento de culpa por algo que hemos hecho, pensado o hablado mal. Una vez hemos identificado la fuente de nuestro miedo, que es nuestra culpa, podemos arrepentirnos y Jesús limpiará nuestros corazones y nos libraré de nuestros temores.

Es maravilloso dejar que Jesús nos libere. Él nos libraré si tan solo se lo pedimos. ¡Nuestro Sumo Sacerdote Divino aplicará Su Sangre Divina Omnipotente a nuestro corazón viejo y a nuestra alma, y limpiará nuestra culpa hoy!

Cuán bendecidos somos de saber cómo identificar la fuente de nuestra culpa para que ésta sea removida a través del arrepentimiento y la fe en la Sangre derramada de Jesucristo.

